



A MANERA DE PROEMIO *

POR DIEGO CÓRDOBA,

(poeta, diplomático y escritor Venezolano)

México, como los demás países de Indoiberia, debe acercar más sus próceres al pueblo y recordarle, de cuando en cuando, el espectáculo grandioso en que ellos fueron insignes paladines o caudillos de la libertad, la justicia y el civismo.

Para formar la conciencia política de una nación es menester popularizar su historia, tanto antigua como moderna, proyectar plena luz sobre sus orígenes, principios y desarrollo político, y facilitar el acceso del hombre, sobre todo de cultura media, al conocimiento de la vida y la obra de los que fundaron nuestra nacionalidad, realizaron nuestro progreso social y han respetado los principios substantivos de la democracia, que forman la base doctrinaria de nuestra soberanía. Como ha escrito el excelente pensador Mario Briceño Iragorry: “Si descabezamos nuestra historia, quedaremos reducidos a una accidentada aventura guerrera que no nos dará el derecho de sentirnos pueblo, en la plena atribución histórico-social de la palabra”.

Las nuevas generaciones indoibéricas poco conocen de la epopeya de los padres de la Independencia, ni del largo proceso político y social en que actuaron otros esclarecidos optimates en la pugna constante que debemos sostener para mantenernos libres y soberanos.

En este alto empeño común, don Isidro Fabela asume resplandeciente cátedra de maestro. Desde que muy joven se inició en

* Prólogo de *Paladines de la Libertad*, por Isidro Fabela, Populibros “La Prensa”, México, febrero de 1958.

las letras, en la Universidad, y en la ardorosa batalla democrática de México, fijóse una línea ascendente y vertical de conducta ciudadana, que nadie ni nada ha podido torcer nunca, de tal manera que su actitud romántica de ayer, a través de los años, largos años, se le ha convertido en clásica disciplina de hoy. Partiendo de México, el eminente historiador no ha encontrado otro ámbito más amplio y más grato, en sus vuelos de patriota, que el de toda la América, ni otra meta de altura que la defensa de la soberanía de sus pueblos, su cultura y la dignidad de sus hombres.

No obstante que ha abrevado en las mejores fuentes de las ciencias; que por largo tiempo ha vivido en el Viejo Mundo y conoce bien la estructura política, social y económica de los Estados Unidos del Norte, sigue siendo el mismo adalid de la juventud: un auténtico e inconfundible patricio mexicano, hijo espiritual de Justo Sierra y nieto de los Hostos y los Montalvo; un par entre eximios maestros de América, como el colombiano y recién desaparecido Baldomero Sanín Cano, el argentino Alfredo L. Palacios o el costarricense Joaquín García Monje.

El avance intelectual del mundo, que se ha ido traduciendo en la ciencia, y en ésta, aplicada al progreso y la cultura de cada pueblo, ha conducido al hombre de México y de nuestra América, a buscar y establecer una base científica, sociológica y justiciera a la respectiva política nacional, convencido de que la política, tal vez la rama más importante de la ética, tiene que enraizarse en la historia del hombre, en su suelo, su ámbito, sus acciones y su destino social.

* * *

Político de alas anchas, ciudadano de ideales limpios, diplomático excelente y escritor brillante de finísima sensibilidad, Fabela, en los anocheceres de la añosa dictadura de don Porfirio Díaz, dejó a un lado las armas de la jurisprudencia y la literatura para entrar decidido a combatir aquel régimen retardatorio e infecundo. Al triunfo del movimiento maderista, del que fuera entusiasta paladín, por recomendación del señor Presidente Madero, fue nombrado por el patriota gobernador de Chihuahua, don Abraham González, oficial mayor de su gobierno, para después ocupar, por elección legítima, su curul de diputado al Congreso Federal, en aque-

Ha histórica Cámara Renovadora o Maderista; y desde la pléyade de los legisladores dignos, se enfrentó valerosamente a la infame usurpación de Huerta. Fue el primero que en México se atrevió a pronunciar un discurso —el Día del Trabajo— en defensa del derecho de los explotados obreros de su país, y esto nada menos que bajo la tiranía oprobiosa del asesino de Madero. Así, por su actitud patriótica y sus arengas revolucionarias, estuvo amenazado de muerte, mas, por milagro, pudo salvarse del fusilamiento.

El inquieto político, que ya se había trazado su camino, dirigióse al Norte. Iba en busca de la bandera de don Venustiano Carranza, el vindicador de la honra vilipendiada y la Constitución maltrecha. Y entonces, el severo patriarca de Cuatro Ciénegas, que ya había tratado de cerca a don Isidro Fabela, como Oficial Mayor del Gobierno de Sonora, y había sopesado los quilates del ciudadano ejemplar, del sabio jurista y el hombre entero a la hora de las augustas responsabilidades, dispuso encargarlo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Era, acaso, en este siglo, el momento más azaroso de la política internacional de México, y Fabela, seguro de sí mismo, asumió el alto puesto para servirlo con firmeza y dignidad. Imprimió diáfano decoro a las relaciones de su país con los del extranjero. Durante la Primera Guerra mundial redactó la valiente y célebre Declaración de Neutralidad de México, y en el señorío, el trato y el ponderado documento diplomático, reafirmó siempre la soberanía de su país frente a la inaudita ocupación de Veracruz por las tropas norteamericanas, como ante las impertinencias imperialistas de otras potencias; y lúcido canciller y jurisconsulto de fuste, asesoró el noble pensamiento político del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, cuando éste sorprendió al mundo al concebir su famosa *doctrina* que arropa y protege por igual a todos los pueblos, los débiles como los fuertes.

Difícil, arriesgada pero admirable, fue aquella labor diplomática de Fabela. Carranza, vigilante de todos los designios de México, resuelve entonces enviarlo como su representante diplomático en Londres, París y Roma, con amplísimas facultades discrecionales durante la Primera Guerra Mundial; para luego nombrarlo su ministro plenipotenciario en la Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, siendo tan eficaz la obra que realiza por su patria fuera de ella, que por último es mandado a la plenipotencia de Alema-

nia, donde le sorprende el martirio de su jefe y el mejor de sus amigos, don Venustiano Carranza, traicionado y sacrificado por generales ambiciosos de poder. Entonces, el gallardísimo ministro en Berlín, inmediatamente renuncia a su cargo. Hombre tan íntegro, ciudadano tan puro, no puede andar entre pérfidos, y se recoge en el azaroso aislamiento, el exilio en Europa, mucho más desdeñado y más frío que en parte alguna. Entonces es el caballero errante por distintos rumbos, sólo acompañado de sus libros y las inquietudes; de la familia triste, la pobreza y la tremenda e incomprendida nostalgia de la patria, hasta que un día puede retornar a su país y se dedica a ejercer sus limpias actividades de abogado y escritor. Es luego en México un político independiente, dignísimo, y se mueve activamente entre el arduo trabajo de su bufete, sus libros, la zozobra, la esperanza y los amigos fieles, muy pocos, desgraciadamente, cuando los políticos de honor caen golpeados desde la cumbre.

Sus conterráneos del Estado de México, eligen a Isidro Fabela diputado al Congreso Federal. Es allá, hasta hoy, un símbolo de decoro, de cultura y bondad. . . , pero irrumpe la rebelión delahuertista, y el diputado electo tiene que volver al exilio. Será mucho más tarde cuando entre de nuevo en la política, bajo el gobierno del señor general Lázaro Cárdenas. El gran Presidente lo nombra representante en la extinta Liga de las Naciones y en la Oficina Internacional del Trabajo. Después, en el régimen del general Avila Camacho, es designado gobernador constitucional de su Estado nativo, durante el período vacante por muerte del titular, y, concluido el mandato, va a sentarse en el honrosísimo puesto de juez de la Corte Internacional de Justicia. Seis años se codea Fabela con los más eminentes jurisconsultos del mundo, hasta que regresa a su hermosa y señorial Casa del Risco, en San Angel, hogar, biblioteca, museo de arte y templo de la dulce amistad, todo en grande, donde ya sólo se consagra a su vasta obra de historiador, a sus libros selectos, a la cultura, al artículo oportuno y orientador desde la prensa, a la docta conferencia, a patrocinar nobles empresas espirituales y a cuanto representa servicio de buen ciudadano, de buen amigo y de patriota desinteresado.

Pocos de nuestros historiadores conocen tan bien los problemas del hemisferio, como él. Su gratísima presencia, su talento de agudo investigador y el fino entono del diplomático, le han permitido adentrarse en los conflictos internacionales y los dolores de los pueblos de América. De ahí que más de una vez se haya levantado a predicarnos fervorosamente nuestra necesaria unidad política y económica, tal como si fuera uno de los últimos epígonos de un Simón Bolívar o un José Cecilio de Valle. Espíritu de extraordinaria captación ecuménica y de generosos alientos de democrata, ha tiempo que él vislumbró los horizontes, no siempre claros, de nuestro destino, y por eso lo hemos visto y lo vemos protestar, enardecido, contra los atropellos del imperialismo o cuando a la soberanía de nuestras naciones débiles la ha puesto en peligro la ventajosa amenaza económica extranjera; impugnar a aquellas y estas dictaduras castrenses y entreguistas, que tanto han retrasado nuestra grandeza política; dictaduras sombrías, crueles, vergonzantes, que heredamos de la España obsoleta de Franco, inspiradas todavía en las negras resacas ideológicas del fascismo y el nazismo.

Isidro Fabela es, sin duda, un ejemplo vívido de que en todos nuestros países, a pesar del destierro y la ergástula y de ser tan vengativos en las luchas de la política, sí se puede mantener hasta la ancianidad el decoro impoluto en la vida pública, cuando el escudo del hombre tiene los blasones del verdadero honor. Yo llamaría a este gran hombre: Ciudadano y maestro de América, como lo fue José Martí, pues como él es diamante en el amor, la libertad y la honra de su propia patria, como en la gran patria común, que es nuestra América. Pero esto sí, él la quiere soberana, sin influencias extrañas, vaciada en la cultura y el destino que le profetizó el aún vigente libertador de Cuba, cuando nos decía: "La universidad de Europa ha de ceder a la universidad de América. La historia de América, de los incas acá, se ha de enseñar al dedillo aunque no se enseñe la de los Arcóntes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas. . . , que no hay patria en que tener el hombre más orgullo, que en nuestras dolorosas repúblicas americanas".

* * *

El infatigable polígrafo, que ha dado a la historia, a la diplomacia, al derecho y a la política, obras y ensayos de tanta enjundia y orientación como *Los Estados Unidos contra la Libertad*, *Neutralidad*, *Los Precursores de la Diplomacia Mexicana*, *Por un Mundo Libre*, *Las Doctrinas Monroe y Drago*, *Cartas al Presidente Cárdenas*, *La Conferencia de Caracas*, *Intervención* (inérita y en poder de la Universidad Nacional de México), y que en estos momentos redacta sus *Memorias de la Revolución* y *La Historia Diplomática de la Revolución Mexicana*, es, en el inquieto mundo de Indoiberia, un gran señor de altos ideales, firme por los principios humanos y claro por los resplandores del espíritu. Y es sorprendente, verdaderamente admirable su resistencia física y mental, su ámbito y su poder fecundo. A sus luengos años, don Isidro Fabela diríase que es como esos robles de la altiplanicie azteca o como aquellos samanes del trópico americano. Desde su frondosa excelsitud baja a menudo sus ramas florecidas para ofrecerlas a su pueblo, verdes ramas, como las páginas de este bello libro; juveniles lecciones de libertad, justicia y civismo; substanciosas, breves, aladas. Al íntimo gozo patriótico del lector de México o de los países indoibéricos, entrega estos perfiles de nuestros magnos libertadores, desde un Hidalgo culto, talentoso y progenitor de la patria, y un Morelos, impassible en su pasión por la justicia y la independencia de su país, "Siervo de la Nación Americana", como el mismo se llamó, y un Bolívar, quijote desgarrado por las tempestades de la libertad, que aún abre los ojos por entre los macizos de Los Andes, hasta un San Martín, ejemplo de la renuncia política, y el desprendimiento ciudadano o un O'Higgins, prototipo del pundonor, la valentía y la disciplina militar, que olvida su amor propio y su orgullo de soldado para afianzar la paz de su patria; desde un Artigas, nuestro primer federalista, de cuyo indomable y levantisco pecho de charrúa brotó aquel grito: "Con libertad ni ofendo ni temo", hasta un Augusto César Sandino, el héroe bravío e incomprensido de las Segovias, el general de hombres libres de Barbusse y, como escribe Fabela, "el hombre que hace falta a Nicaragua, distinto de los demás y completo en sí mismo".

El autor de este libro nos trae además a sus estampas, cuatro vigorosas figuras de la Revolución Mexicana: a Madero, el dulce apóstol de la redención de su pueblo, cordero de la espada sanguinaria; a Carranza, el Moisés convertido en político de acción, el que como nadie hizo ni ha hecho, logró hacer respetar las tablas de la ley de la República; a Aquiles Serdán, que a punto estuvo de derrocar con su honda treinta años de dictadura, y a don Abraham González, el tipo auténtico del criollo ranchero del Norte, telúrico, ancho, fuerte, bondadoso y patriota, pero con alma de paloma.

* * *

Sólo empresarios de patria grande y de libertad; sembradores de justicia social, canta Fabela en su libro; sólo hombres gratos a los hombres libres; sólo paladines y caudillos que aman y veneran los pueblos y que deben seguirlos como a banderas eternas. No aquéllos de las espadas conquistadoras, sino el héroe que concibió Baltasar Gracián y cuya definición castiza recogió Carlyle en sus célebres conferencias de Edimburgo, porque el verdadero héroe es el individuo creador de historia y de cultura, el hombre símbolo de una época, por lo que su conducta refleja en un sentido universal y humano. El héroe, sea grande como Hidalgo o como Bolívar, o pequeño como Sandino o Aquiles Serdán, "es con todos y para todos y supera a los demás seres en cuanto expresa el espíritu y la voluntad de un pueblo".

Para juzgar a los hombres es preciso perdonarles los prejuicios de su tiempo, recomendó Montesquieu, a quien mucho ha leído Fabela, y acaso por esto, en sus estampas, elegantemente ha recortado miserias, egoísmos y prejuicios propios del medio social en que tuvieron que actuar sus próceres y sus mártires. Con pincel de artista ha trazado sus retratos históricos, huyendo de las sombras para encontrar la luz. Las infamias, los odios y los crímenes, toda aquella poderosa reacción social, económica y política, ignorante, cobarde y asesina, que se opuso a la obra de nuestros libertadores, y después de un siglo a la de los héroes de la redención popular y la soberanía de México o de Nicaragua, el fino historiador la escarba, la repugna, y deja que sea el sereno lector el que se subleve contra ella y lance la indignada acusación.

El generoso ciudadano prefiere exaltar vidas, ideales, virtudes y sacrificios, de donde resulta que en estas armoniosas monografías, escritas con magistral brevedad, colorido y brillantez de estilo, nos fascinan, a la vez que el interés histórico y el hechizo literario, la pureza del hombre que nos las ofrece.

* * *

Y ahora una explicación: doy las gracias a mi viejo y nobilísimo amigo licenciado Fabela, por haberme designado portero de su interesantísima galería de estampas, y complacido de servirlo, invito al curioso a entrar en ella.